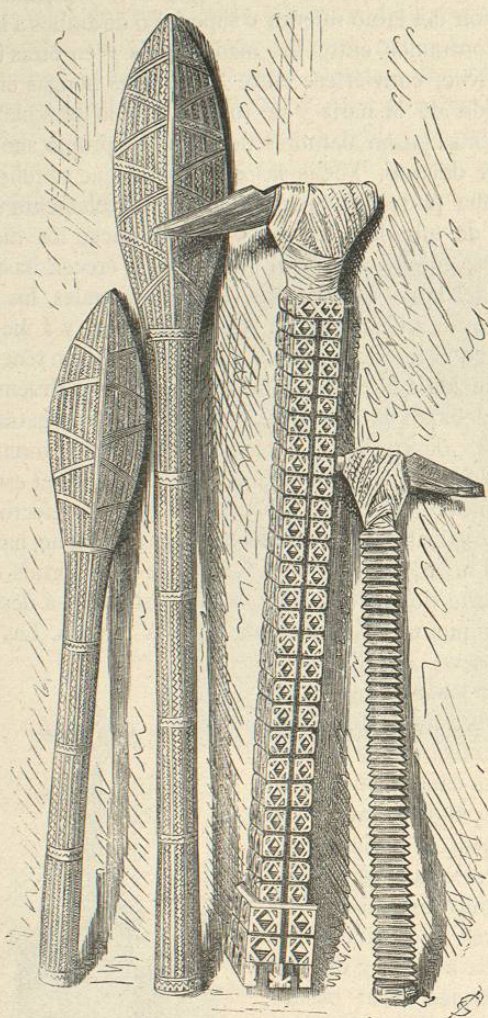


mente haberse conseguido gran firmeza en la tradición. Pero la cruz que encontramos en los escudos elegantemente tejidos de los nyam-nyam, y la media luna que vemos en las esculturas polinesias ¿han de ser consideradas como una imitación ó como productos influidos por los símbolos del cristianismo y del islamismo? En un mismo pueblo, consérvanse comúnmente con gran perseverancia ciertos temas de adorno que sólo varían dentro de límites muy estrechos. El hecho



Remos y hachas, emblemas de caudillos: Islas de Hervey (Museo etnográfico de Munich) 1/3 de su verdadero tamaño

de que esta regla no se siga en África respecto de los peñados, — que en una misma tribu ofrecen infinitas variedades, — parece indicar que éstos no están ligados á normas fijas por ninguna costumbre ni tradición arraigadas.

Los hombres suelen, también, en este punto aparecer como privilegiados, pues se dedican más á los adornos de todas clases y emplean en ellos más tiempo. Entre los grupos inferiores de los salvajes, los adornos obedecen á la ley que casi es general en todos los demás animales, es decir, el hombre es el que los usa más ricos, al paso que la mujer carece de éstos. La civilización ha trocado por completo esta relación y el grado de progreso de un pueblo puede, en parte, ser medido por la importancia de los sacrificios que, en punto á adornos, están dispuestos á hacer los hombres en pro de las mujeres. En las sociedades muy civilizadas, los hombres sólo vuelven á la antigua costumbre de los adornos ricos cuando son militares, funcionarios ó cortesanos.

Consecuencia práctica de las tendencias que en medio de la mayor miseria, hacia el lujo se notan, es la limitación

del comercio con los pueblos naturales á un reducido número de objetos, todos ellos de adorno, de juego ó de goce material. Excepción hecha de algunos habitantes, en cierto modo civilizados, de las costas y de las colonias europeas, el comercio con los indígenas del África está casi reducido á las perlas, al alambre de latón, á los anillos de latón y de hierro, al aguardiente y al tabaco: los dos únicos productos que, sin pertenecer á esa categoría, han adquirido cierta importancia en el tráfico con aquellos pueblos, son los tejidos de algodón — que han llegado á convertirse en medios de cambio — y los fusiles.

Por último, pueden también citarse en el presente capítulo aquellos instrumentos propios para el tocado, con los cuales se confeccionan todos aquellos prodigiosos artificios en los cuales el hombre primitivo — al igual que el civilizado — cifra su esperanza de agrandar y de vencer. Veamos como Schweinfurth describe el «arsenal de bisutería» de una mujer bongas: «Para arrancarse las pestañas y las cejas, se valen de unas pequeñas pinzas. Únicamente entre las mujeres bongas se encuentran los cuchillos propiamente elípticos, llamados «tibah», que, terminando por arriba y por abajo en un mango, tienen en sus dos bordes un filo muy pronunciado y están adornados con líneas variadas. Estos cuchillos los emplean las bongas en todas las faenas domésticas, especialmente para mondar tubérculos, para cortar calabazas, pepinos y otros frutos análogos. Anillos, cascabeles, campanillas, broches y clavos, que se clavan en los labios y lóbulos de la oreja propiamente agujereados, y las horquillas en forma de lancetas que son necesarias para partir y separar las trenzas, completan el arsenal de bisutería de las mujeres bongas.» Unas tenacitas para las espaldas, etc., forman también parte de los avíos de casi todos los africanos, y se encuentran generalmente colocadas en un estuche especial en las vainas de los puñales. Algunos llevan, además, una espina de puerco espín ó una aguja de marfil clavada en los cabellos. Los peines son perfectamente conocidos de los polinesios, hiperbóreos y negros.

Así como el hombre civilizado considera la limpieza como el principal de los adornos, el hombre natural dista mucho de colocarla á tanta altura: la practica cuando no le cuesta gran trabajo el hacerla, y en algunas de sus manifestaciones parciales ha llegado á ser de tal suerte costumbre que los negros, por ejemplo, están muy por encima del término medio de los europeos en punto á la limpieza de los dientes, para la cual emplean un pedacito de madera fibrosa. La repugnancia que causan los excrementos es, á menudo, verdaderamente supersticiosa y contribuye, por ende, á que se mantengan limpios los alrededores de las chozas. Turneaux cita con asombro la existencia de excusados entre los maories. Lo que facilita extraordinariamente la limpieza es la ausencia del traje ó por lo menos la insignificancia del mismo. Por regla general, encontramos la porquería en su más alto grado en aquellos pueblos que, por la variabilidad del clima, se ven obligados á ir constantemente vestidos con trajes que no pueden cambiarse todos los días, porque esto los estropearía demasiado pronto: por regla general estos trajes se llevan, conforme á los preceptos de Dschengischán, hasta que, como dice Bastian, se desprenden á trozos del cuerpo. Por otro lado, puede afirmarse sin temor alguno que los polinesios, que van casi completamente desnudos, que viven en climas benignos y que están rodeados de agua, son uno de los pueblos más limpios de la tierra. Raras veces vemos infringida la costumbre que, cual vigorosa ley, manda al hombre abstenerse de toda comunicación con la mujer durante la menstruación de ésta. La poligamia hace que esta ley pueda

cumplirse fácilmente. Pero también encontramos en la vida de familia íntima de muchos pueblos naturales, otra costumbre que humilla á los pueblos civilizados: nos re-

ferimos á la de que los padres y los hijos no duerman en la misma habitación, extendida entre los negros, malayos é indios.

## LAS VIVIENDAS

Las primeras chozas. — Origen de la edificación con madera y con piedra. — Carácter fugaz de la mayor parte de chozas. — Valor histórico de la edificación permanente. — Clasificación de los pueblos naturales según sus construcciones. — Causa de abrigo. — Construcciones sobre estacas. — Agrupación de viviendas. — Importancia etnográfica de las ciudades. — Distintas clases de ciudades. — Ruinas de ciudades y ruinas de civilizaciones.

Una necesidad tan primitiva como general creó el germen de la edificación, es decir, las primeras chozas: ningún pueblo vive constantemente en las concavidades de los árboles, como algunos grupos de tasmanios del tiempo de Cook, ni en las quebras de las peñas, como los dispersos betschuanos del territorio de Matabele. Esas chozas son, por regla general, muy sencillas y frágiles, y por lo que hace á la edificación propiamente dicha, es decir, á las construcciones permanentes y luego provistas de adornos, podemos decir que es cosa poco distante de la época contemporánea. La afirmación un tanto vaga de Laprade — de que «El nacimiento de la arquitectura, la construcción del primer templo, indican el comienzo de los tiempos históricos» — está, en cierto modo, justificada, siempre que, bajo el nombre de arquitectura se entienda la edificación de monumentos con carácter de permanentes. El etnógrafo, en presencia de las chozas de fetiches de los africanos interiores y de los melanesios, encontrará aquí demasiado estrecha la idea de templo, y para él comenzará mucho antes el paso que arrancó á la edificación del estadio de las chozas primitivas. La necesidad de abrigo, que impulsa á los animales á venir en auxilio de la naturaleza cercando y cubriendo sus guaridas, constituye el primer germen, del cual fué desarrollándose más tarde el arte de la edificación, en toda aquella magnificencia que espiritualiza la naturaleza. Citaremos, ante todo, aquellas imitaciones inmediatas de la naturaleza á que el hombre se ve obligado precisamente por esa necesidad, y tendremos que hablar de la costumbre de habitar en árboles — más propia de animales que de hombres — practicada en muchos pueblos, que, como los semi-nómadas bosquimanos, utilizan las ramas colgantes de los árboles ó las malezas, entrelazándolas y fortaleciéndolas de una manera instable. Los que cortaron ramas ó troncos, los elevaron en el suelo formando un círculo, unieron sus extremos superiores entre sí y cubrieron este edificio poco sólido con ramaje ó con pieles, dieron el primer paso hacia la construcción de las chozas primitivas, tales como las encontramos entre los habitantes de la Tierra del Fuego, los hotentotes, los gallas y los somalis. A partir de este punto, una larga serie de construcciones, cada vez más sólidas y más adornadas, nos lleva hasta la cúspide de la edificación de madera, de la cual son ejemplo las casas con ricos adornos de los malayos y de los isleños de Palau y los palacios de los reyes de los mombuttúes ó de los waggandas, en los cuales para nada entra la piedra. El germen, hermano del anterior, que se desenvuelve proporcionalmente hasta llegar á las construcciones de piedra, que á tan alto grado alcanzan, lo encontramos en la costumbre de vivir en cavernas, que tan general fué en los primitivos tiempos y que aun en la actualidad vemos con frecuencia practicada. La edificación con piedra es superior á la de madera por la mayor solidez del material, lo cual hace, en cambio, que la ornamentación sea en ella más difícil: aque-

lla ventaja puede, sin embargo, más que este inconveniente, pues lo bello se encuentra en la primera fácilmente, siquiera en la simetría que es la condición fundamental de toda belleza arquitectónica.

Que la dura presión de la necesidad no es gran cosa para promover una mayor actividad encaminada á satisfacer las necesidades de abrigo y de alimentación, más apremiantes cuanto mayor es la crudeza del clima de las regiones poco favorables al desenvolvimiento de los reinos vegetal y animal, lo demuestran los indígenas de la Tierra del Fuego, respecto de los cuales, puede afirmarse, por más que parezca increíble, que no sólo no hacen más, sino que hacen menos que otros pueblos que disfrutaban de condiciones menos desfavorables. Véase cómo describe sus chozas un observador tan excelente como Darwin: «El wigwan de un habitante de la Tierra del Fuego se parece en su magnitud y en sus dimensiones á un haz de heno. Consiste simplemente en algunas ramas poco tronchadas y clavadas en tierra y está, por uno de sus lados, cubierto, aunque de un modo muy incompleto, por una capa de hierba y de juncos. Para construirlo apenas se necesita una hora, pero tampoco puede servir sino es unos pocos días.» Más adelante añade que en la costa occidental los wigwans son, en conjunto, mejores, puesto que están cubiertos con pieles de foca. Por otro lado, describe con las siguientes palabras la cabaña de un hombre que vivía completamente solo y que debía ser algún proscrito: «No ofrecía más abrigo que la habitación de un mono.» Los tasmanios pueden ser también citados, desde el punto de vista de la construcción de chozas, como el pueblo más atrasado de todos los australianos. Y en Australia, en donde una población dotada por la naturaleza de iguales condiciones y toda ella en un mismo grado de cultura, habita, aquí y allí diseminada, el vasto continente comprendido entre la latitud ecuatorial y la más templada, es al par que interesante, instructivo, ver cómo la construcción de chozas ha progresado en las comarcas más cálidas, mientras que en las más frías se ha mantenido en un deplorable atraso. Desde el momento en que este hecho se reproduce en otros lugares — como en el Sud de América y en el Sud de África, en donde los hombres se rodean de menos elementos de abrigo cuanto más crudas son la situación y el clima de los puntos en que habitan — adquiere el valor de un experimento, y éste nos sirve para confirmarnos en una opinión que ya de antemano podíamos aceptar por el simple conocimiento de la naturaleza humana, á saber: que no es la *dura necesidad*, la gran maestra necesidad, la que obliga al hombre á realizar los más importantes progresos desde el estado natural al de cultura, sino que únicamente con el desenvolvimiento tranquilo que la paz y la abundancia proporcionan, puede llegarse á los grados más altos de la civilización, aun en lo que atañe á la construcción de chozas y de casas. Lo que, ante todo, se necesita, es la estabilidad. El nomadismo penetra



más profundamente de lo que se cree en la misma vida de los pueblos agricultores. El tan celebrado arte de construir rápidamente viviendas parecidas á colmenas — forma que tienen las chozas de los hotentotes y betschuanos — que presupone la existencia de las flexibles y delgadas ramitas de las mimosas, estos productos del África meridional y del Sudán que con tanta frecuencia ofrecen el aspecto de verdaderos árboles, únicamente indica que todavía no se ha desarrollado muy profundamente la diferencia entre estas chozas y las tiendas de campaña. Estas construcciones desaparecen con la misma pasmosa rapidez con que han sido hechas. Cook nos describe una de estas construcciones momentáneas de los moories. Es admirable — dice en su segundo viaje — ver con qué facilidad construyen estas cabañas de efímera existencia. En un terreno una hora antes cubierto únicamente de malezas y de césped, he visto en el espacio de la misma levantarse más de veinte de aquellas chozas. Por regla general, los indígenas llevan consigo una parte del material de madera y el resto lo encuentran sobre el mismo terreno. Presencí como un grupo desembarcaba y construía esta aldea. En el momento en que las canoas llegaron á la orilla, los hombres saltaron á tierra y tomaron posesión de un trozo de territorio, arrancando toda la maleza y clavando en tierra dos estacas que habían de servir para una cabaña: luego volvieron á las canoas y colocaron sus armas en sitio cercano y seguro, apoyándolas en los árboles ó poniéndolas en un lugar siempre al alcance de su mano. Ninguno dejó de tomar esta precaución. Mientras los hombres trabajaban, no permanecían ociosas las mujeres: algunas de ellas se quedaron en las embarcaciones para vigilarlas, mientras otras traían las provisiones y los pocos utensilios que poseían, y otras, por último, hacían acopio de ramas secas para encender fuego.»

Las chozas más regulares y más elegantes de los negros, como por ejemplo las del alto Nilo que en cada tribu ofrecen variedad de formas de contorno, de techo y de dimensiones, están igualmente construidas con caña y con hierba, y si no se estropean fácilmente, débese al excesivo cuidado y al desarrollo de un estilo artístico que, apoyándose en modelos, crea nuevas obras sobre la base de las antiguas. A la fragilidad de las construcciones viene á añadirse la fuerza destructora de la naturaleza. En las latitudes tropicales, las viviendas poco sólidas quedan rápidamente destruidas. Los escarabajos roedores, hormigueros y las tempestades de los trópicos, son los principales agentes de esta rápida destrucción. Los hombres que habitan esas viviendas no se apegan al suelo, sino, por el contrario, han regulado su género de vida de completa conformidad con esa naturaleza, en la que «todo corre»; y por esto en vez de renovar aquellas viviendas, las abandonan gustosos para buscar nuevos terrenos vírgenes que cultivar. Yunker, por ejemplo, no encontró en el territorio de Bahr-el-Chasal á ninguno de los seribes que antes había hallado tan bien instalados Schweinfurth. Algunos años después, el lugar antes ocupado por una de esas poblaciones, apenas se distingue por algunas estacas clavadas en tierra en forma de círculo y por las semillas de algunas plantas de cultivo que vuelven á reproducirse, pero que, con el tiempo, ven ahogado todo su vigor productivo por el crecimiento exuberante de los céspedes tropicales.

Schweinfurth habla, en cierta ocasión, de la falta de piedra que se nota en el país de los dinkas, en el alto Nilo, y de ello deduce la carencia, en este pueblo, de caudillos y de monumentos: la falta de aquella y de éstos es sorprendente y no deja de tener cierta conexión, pero téngase en cuenta que tampoco se encuentran monumentos en la ar-

quitectura de los negros, aun en aquellos territorios más abundantes en piedra y en rocas. Precisamente por esto aparece más marcada, en esa esfera de la edificación nómada, la importancia de la solidez. El granito de Syena y la piedra caliza negra de Persépolis, piedras ambas de las más duras que se conocen y que han conservado hasta nuestros días las esculturas más finas y las más pulcras pulimentaciones, son de gran importancia histórica como fieles apoyos y transmisores de la tradición, justificando la verdad de aquellas palabras que inserta Herder en su obra «Los monumentos del mundo prehistórico» de que «ninguna obra de arte permanece muerta en la historia de la humanidad.» ¡Cuánta influencia ha ejercido sobre nosotros el hecho de habernos sido transmitidos incólumes esos restos tan distantes en el tiempo y en el espacio, de la cultura del valle del Nilo! Pero ¡cuánto mayor no fué el valor de estos testigos de piedra de la grandeza, de las hazañas, de las creencias, de la ciencia de la nación, para el mismo pueblo que vivió entre tales monumentos! Esta piedra dura dió al propio tiempo á la tradición un esqueleto que contuvo la decadencia prematura. Puede muy bien suponerse que la movilidad rayana en inconstancia de los japoneses, débese quizás en parte á sus poco sólidas habitaciones, que fácilmente se adaptan á cualquier modificación, y con seguridad cabe deducir que los frecuentes incendios devastadores que esta clase de habitaciones trae consigo, dejan sentir forzosamente su influencia en la falta de cohesión entre los fundamentos de la existencia japonesa. De todas maneras, siempre que se quieran poner frente á frente el nomadismo y la vida sedentaria, como grados de habitación y de vida de muy distintos fundamentos, hay que tener en cuenta el hecho de que la vida sedentaria en chozas de bambú ó de ramas, deja sentir su influjo de una manera muy distinta que la vida en casas de piedra que compiten en fortaleza con la «base de la tierra.»

Si clasificamos á los pueblos según sus viviendas, encontraremos que la capa más inferior la constituyen los pueblos nómadas, cazadores y pescadores del tipo de los habitantes de la Tierra del Fuego, de los botokudes, de los tasmanios y de muchos australianos que no habitan en chozas construidas sobre un plano determinado, ni las agrupan formando aldeas, sino que construyen guaridas accidentales con ramaje ó con cañas y aun algunas veces prescinden de ellas. Á poca mayor altura están los nómadas que habitan en tiendas, sean estas las tiendas de cuero de los árabes, sean las de fieltro de los mogoles, sifanes, etc. A ellos hay que agregar todos aquellos negros, en parte nómadas y en parte agricultores, que construyen chozas en forma de colmena ó de cono, más ó menos perfeccionadas. Aquellos negros del África central que desde el manyema hasta el fan y el dualla, construyen casas cuadrangulares con varias habitaciones y con puertas adornadas, forman el grado de transición con los malayos de Madagascar y del archipiélago indio y los pueblos del Océano Pacífico, cuyas casas muy adornadas, variadas y á menudo muy espaciosas, constituyen casi lo más perfecto que en el ramo de construcciones de madera nos ofrecen los pueblos naturales: entre éstos hallanse también rudimentos de construcciones de piedra junto con obras monumentales de estatuaria (isla Oriental y otras). Los pueblos polares habitan chozas construidas con piedra ó con nieve. En la India, en la Arabia y en el África berberisca encontramos casas de piedra con varios pisos, y entre los indios de Nueva Méjico y de Arizona vemos agrupadas casas de piedras para millares de familias. Vienen después de estos pueblos los constructores de los más grandes monumentos, tales como los mejicanos, los americanos

centrales y los habitantes de las mesetas sud-americanas, pueblos que se encuentran fuera de los círculos de cultura del antiguo mundo.

Independientemente de todas estas modificaciones, existen otros sistemas de viviendas y de construcciones especiales, pues la necesidad de proporcionarse seguro abrigo ha impulsado al hombre á adoptar los medios más extraños. La construcción de viviendas permanentes en el agua — no en el mar cuyas violencias le hacen poco á propósito para ello, sino en las tranquilas lagunas ó en los ríos de curso apacible, — fué debida á la necesidad que sintió el hombre de guarecerse contra las fieras que habitaban en tierra firme, y quizás más contra sus enemigos de la propia especie humana; á lo cual vino á añadirse, en un grado superior de cultura, la necesidad de grandes agrupaciones de hombres en un espacio relativamente limitado, tales como las encontramos en la China, cuya densidad de población es muy extraordinaria, y en algunos puntos de la India posterior.

En el primer caso empleábanse con preferencia las construcciones de estacas y palos, que eran las más á propósito para que el hombre se encontrara rodeado de agua; y para la segunda necesidad de las agrupaciones se apelaba á armadías anchas, á embarcaciones inútiles, etc., que se emplazaban unas al lado de otras, ó bien se construían viviendas de estacas, aunque en número mayor del que se necesitaba en aquel estado en que sólo se piensa en el abrigo y que se distingue más por el aislamiento que por la reunión de seres humanos. Aun en nuestros días, son muchos los pueblos que habitan en viviendas construidas con estacas, pudiendo citarse como tales los del archipiélago indio y de Melanesia, la mayor parte de los del Noroeste de América y algunas tribus de África y de las Américas central y meridional. Esto nos convence de que este fenómeno no es raro, sino, por el contrario, altamente natural que hace innecesarias las hipótesis artificiales que parten de la base de la existencia de pueblos especialmente constructores de chozas de estacas, ó de construcciones de esta índole hechas por los fenicios ó por los etruscos con un fin puramente mercantil, como el de que sirvieran para depósitos de géneros en las regiones septentrionales, etc. Puede, pues, afirmarse que ese sistema de edificación fué debido principalmente á la necesidad de proporcionarse seguro abrigo, que es una de las que con más fuerza siente el hombre. Más tarde, pudo considerarse superfluo el abrigo y ser relegado al olvido, subsistiendo la costumbre, pero de todas maneras aquél fué el motivo primordial de las construcciones de estacas. Estas sorprenden solamente á primera vista, pues en el fondo no son más que uno de tantos casos derivados de aquella imperiosa necesidad que siempre ha influido poderosamente en la situación y condiciones de las viviendas humanas.

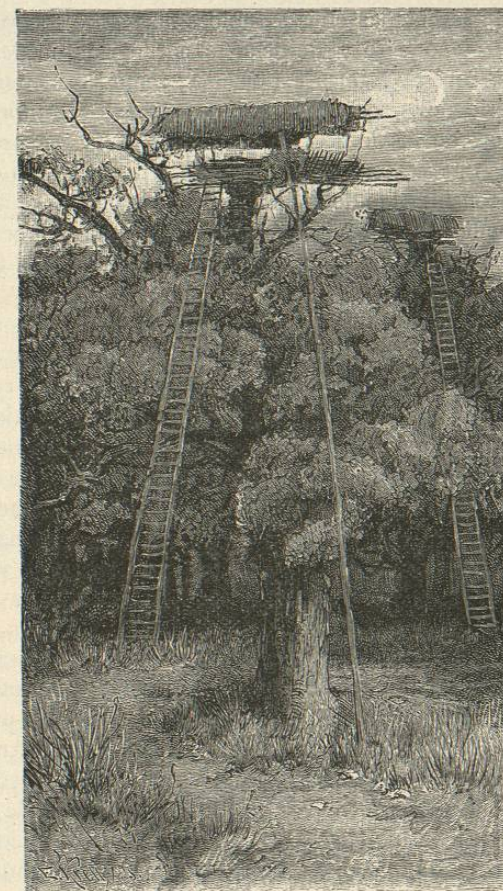
No siempre vemos empleadas las estacas para construir tales habitaciones, sino que vemos aplicarse otros muchos medios conducentes á fin de aislar y proteger las viviendas y las provisiones.

Los ejemplares de ello abundan, pues en todas las regiones pantanosas, especialmente en los trópicos, encontramos «ciudades formadas con armadías ó con construcciones de estacas.» pudiendo citar, entre otras, las poblaciones del Sud de China que viven en balsas, los arrabales con edificios de estacas de Bangkok, y las ciudades asentadas sobre estacas de Amsterdam, San Petersburgo y Venecia.

Á la necesidad de proporcionarse la mayor seguridad posible, junto con la de habitar en condiciones más higiénicas,

débese la costumbre que tienen los comerciantes extranjeros que residen en las costas, de habitar en buques anclados en los ríos ó en los puertos, en los cuales guardan también sus mercancías.

Por igual motivo, aunque en menor escala, emplean los malayos la construcción con estacas, aun en terrenos secos, para sus habitaciones y sobre todo para guardar los víveres. Livingstone, hablando de los batokas del bajo Zambezé, dice que construían sus chozas en medio de huertas sobre altos pedestales, para resguardarse de las fieras, especialmente de las hienas que tanto miedo les inspiran. A esta clase de habitaciones pertenecen también las construidas en lo alto de los árboles, que encontramos entre los battas de Sumatra, entre muchos melanesios y entre algunas tribus



Viviendas en los árboles: India meridional

del Sud de la India, puesto que este sistema de viviendas no constituye un grado primitivo, que establecería cierta afinidad entre los habitantes de los árboles y el orangután; sino que en él los árboles hacen las veces de estacas: las chozas que sobre ellos se construyen no son en modo alguno primitivas, sino que constituyen una de las mejores manifestaciones de ese sistema.

La influencia de la necesidad de un abrigo no es muy poderosa cuando, como en los casos citados, tiende simplemente al aislamiento; pero produce otras consecuencias y otros desarrollos de gran trascendencia cuando se trata de la agrupación de viviendas humanas. Las grandes ciudades que son uno de los más notables desenvolvimientos de la cultura, constituyen el término final de esas influencias que impulsan al hombre á agrupar sus habitaciones en un lugar determinado. En un principio, los fenómenos que á nuestra consideración se ofrecen no son de mucha importancia: tal sucede por ejemplo, con las aldeas fortificadas que tienen en las cimas de las montañas los belicosos habitantes del interior



de Madagascar, ó las que, situadas en islas, en sinuosidades de los ríos ó en las lenguas de tierra, encontramos en todos aquellos puntos en los cuales han fijado su residencia poblaciones de mucha densidad. Pero basta echar una ojeada sobre las ciudades para ver evidenciada la causa de abrigo ó de defensa.

Como el emplazamiento de la mayor parte de lugares habitables se verifica en un período en que se inicia la difusión de una población densa y en que subsiste todavía ó se recuerda perfectamente el peligro de los ataques del enemigo, encuéntrase con frecuencia muy marcado el carácter defensivo del lugar: recuérdese, sino, que casi todas las más antiguas ciudades de Grecia y de Italia estaban situadas sobre ó junto á colinas ó montañas, y recuérdese, también, que la mayor parte de las ciudades comerciales estaban levantadas en islas, unidas más tarde con el continente, como Tiro y Berbera. La agrupación puede, finalmente, revestir formas extremadas, como sucede en aquellas residencias, ora en forma de cuevas, ora en forma de castillos, de los indios del Sudoeste de la América del Norte, que encierran en un espacio reducidísimo un número considerable de habitantes, y á las cuales se llega ó por medio de una sola escalera labrada en la roca ó de una escalera de mano que los de arriba echan á los de abajo.

Como tercer fundamento, nos encontramos con la comunidad de intereses en el trabajo, comunidad que señala Justus Möser en su obra *Historias de Osnabruck*, cuando dice: «El aprovechamiento común de un bosque, de unos pastos, de un pantano ó de una montaña, en donde cada individuo no tenía cercada la parte que le era necesaria, fué, según todas las probabilidades, la causa primera de que se reunieran algunos grupos en nuestras comarcas.» El valor de este fundamento crece á medida que va progresando la división del trabajo, hasta que llega á ser el más importante para determinar el emplazamiento de un lugar habitable. Ya en los primitivos grados de la civilización reúnen numerosos pobladores en aquellos puntos en que se encuentran en gran cantidad las cosas que pueden serles útiles. Los indios de una gran parte de la América del Norte van en peregrinación á las canteras de piedra arcillosa, otros se reúnen anualmente, en la época de la cosecha, en los pantanos de los mares del Noroeste, y los australianos del territorio de Barku, que tan diseminados viven, acuden de todos lados para celebrar una fiesta de la cosecha en las cercanías de las marsiliáceas graníferas que allí tanto abundan. Esto no son más que reuniones pasajeras; pero dado con ellas el primer paso desde la vida errante á la sedentaria, pronto aquellos sitios predilectos fueron definitivamente elegidos, y cuando á consecuencia de la existencia sedentaria la población fué en aumento y comenzó á aplicarse la ley económica de la división del trabajo, formáronse en ellos mayores residencias, hasta que aquellos lugares, dotados por la naturaleza de alguna riqueza especial, llegaron al grado más alto de cultura, contando poblaciones de 10,000 habitantes por milla cuadrada, como las que encontramos en las fértiles y bajas llanuras del Nilo y del Ganges, en las cuencas carboníferas y ferruginosas del Norte de Europa, y en los campos de oro de Australia ó de California.

Pero estos estímulos crearon desde el primer momento poblaciones densas sobre un espacio más ó menos extenso: en cambio, las agrupaciones aisladas sólo se encuentran en determinados puntos solicitados ó indicados, en primer lugar por el comercio, que hace de ellos los centros, los puntos de intersección ó los puntos de desvío de

su corriente. El deseo del cambio creó la necesidad de la mayor aproximación posible: el tráfico fué el origen de las ciudades; de aquí la gran variedad en las condiciones naturales de las residencias del hombre, pues donde quiera que la naturaleza facilitara ó robusteciera en alto grado el tráfico, allí nacieron grandes agrupaciones humanas, constituyendo ora ciudades universales como Londres, ora simples mercados como Nyangwe.

En cierto modo concebimos instintivamente que existe cierta conexión entre las ciudades y un grado superior de cultura, y no nos falta razón para ello, ya que en las ciudades es en donde se manifiesta el florecimiento supremo de nuestra civilización. Pero el hecho de que pueblos menos cultos, como los chinos, hayan adquirido gran desarrollo en punto á ciudades, demuestra que media una independencia entre cierta cultura material y la verdadera cultura intelectual, y nos enseña cuán esencialmente pueden las ciudades ayudar al comercio, mucho más dependiente de la civilización, del cual derivan en su mayor parte. Aun cuando las ciudades son un producto orgánico de la vida de los pueblos, no siempre están ajustadas á las fuerzas del pueblo á que pertenecen: hay, en efecto, ciudades comerciales internacionales, como por ejemplo Singapur, ó, en más reducidas proporciones, las playas de los árabes y de los suahelis en la costa de Madagascar; y además, ciudades coloniales muy parecidas á las anteriores, como Batavia, Zanzibar y Mombas. El tráfico es tan poderoso, que en medio de una población extranjera crea la organización que le es necesaria; por esto, pueblos enteros que han llegado á ser sus órganos, llevan impreso en la frente el sello del ciudadanismo.

Puede afirmarse que existen pueblos que, independientemente del grado de cultura en que se encuentran, tienen, en distintas proporciones, inclinación á vivir en ciudades. Los fenicios y los israelitas parecen haber sido aficionados á las ciudades, y los chinos lo son todavía. Los pueblos de esta índole no sólo viven á gusto en las ciudades, sino que procuran dar el carácter de tales á las poblaciones que no lo tienen. Los pueblos del desierto son en alto grado pueblos de ciudades, pues la naturaleza de sus residencias les obliga á aguparse alrededor de los manantiales y al mismo tiempo á unirse para defenderse, y les impulsa á construir viviendas tan permanentes como lo permiten la madera y las ramas que para ellas emplean. La distancia que separa entre sí á los oasis, hace de la agrupación de viviendas centros de tráfico, á donde convergen las mallas de la extensa red que forman los caminos del desierto. También se sienten obligados á vivir en ciudades, prescindiendo del punto de vista mercantil, los primeros conquistadores de un país habitado, puesto que sólo agrupándose en residencias bien fortificadas pueden considerarse seguros en sus nuevos dominios. Más tarde, estas ciudades hijas de la necesidad hubieron de cambiar de emplazamiento, siguiendo las exigencias del tráfico: de ello nos ofrece buenos ejemplos la historia de Siberia, la mayor parte de cuyas ciudades, especialmente las de los territorios del Oeste, han tenido que cambiar dos y aun tres veces de sitio en el transcurso de dos siglos de existencia. Las fundaciones prematuras de ciudades constituyen un monumento de las colonizaciones jóvenes, y por esto encontramos tantas ruinas de ciudades en el Norte y Centro de América. En los territorios coloniales chinos vense también numerosas ruinas de ciudades en la frontera que separa á los nómadas de los chinos, como por ejemplo en el alto Hoangho. Este fenómeno se reproduce en todos los puntos en que están en contacto la semi-cultura y la semi-barbarie.

## FAMILIA Y SOCIEDAD

Rebaños y familia. - La familia como unidad social, política y económica. - Matrimonio. - Poligamia. - Condición de la mujer. - Ginecocracia. - Derecho de maternidad. - Exogamia. - Rapto de mujeres. - Padres é hijos. - Moralidad. - La sociedad. - Las desigualdades sociales. - La esclavitud. - Razas siervas. - Diferencia de posesión. - Magnitud de la diferencia en los países tropicales. - Propiedad inmueble. - Ejemplos de la diferencia en la idea de propiedad. - Poder civilizador de la propiedad. - Pobreza de los pueblos naturales. - Trabajo de los pueblos naturales.

Casi con seguridad puede afirmarse que el hombre, aun en los primeros estadios de su desenvolvimiento, nunca vivió completamente aislado. El *animal social* de Linneo podría ser justificado históricamente, pues parece tener su fundamento en la misma naturaleza, ya que la vida de rebaño se presenta con frecuencia entre los más elevados mamíferos que viven en contacto con el hombre. Todo paso hacia un desenvolvimiento superior está íntimamente ligado con la sociabilidad. Sin embargo, el origen de los grandes miembros de la sociedad humana se nos presentaría oscuro si, retrocediendo en las series evolutivas, no encontrásemos la familia, de la cual parece derivar el desarrollo de toda la vida social y pública que hoy conocemos. Si antes que la familia existió alguna otra agrupación, sólo pudo ésta ser un rebaño, nunca un Estado: del primero puede nacer algo parecido á este último, pero el resultado no prosperará, pues el rebaño se disuelve por sí mismo. La estabilidad que necesita toda forma política de aptitud evolutiva, la encontramos por vez primera en la familia, y toda cultura superior descansa en la seguridad de las relaciones económicas, que marcha en completa armonía con aquélla.

La base de la familia es el acuerdo tácito ó formulado por medio de contrato entre el hombre y la mujer para fundar un estado doméstico común, y criar dentro del mismo á sus hijos. En estas amplias bases encontramos el fundamento del matrimonio en todos los pueblos. Se ha afirmado alguna vez que no existía este acuerdo, es decir, el matrimonio, en algunos pueblos, como los bosquimanos, los lubus de Sumatra y los utes de Borneo; pero este error ha sido evidenciado por la experiencia. Aun cuando la poligamia se halle extraordinariamente extendida y haya llegado hasta la adopción de millares de mujeres, por regla general la fundación de la familia ha comenzado por la admisión de una mujer en la casa del hombre, y esta mujer es generalmente la primera en categoría, y sus hijos tienen el derecho de primogenitura. La existencia de una especie de precio que el fundador de una familia entrega al suegro, hace que el matrimonio tenga en casi todos los pueblos naturales el carácter de compra, que, sin embargo, no excluye las huellas del rapto de la mujer. La compra de la mujer tiene con frecuencia lugar, cuando ésta está todavía en la infancia y hasta cuando aun se encuentra en el seno materno. A menudo se ofrecen casos en que se atiende á la inclinación de la muchacha, pero la regla general es la libre y absoluta disposición de los padres. El hombre libre suele expresar su deseo haciendo á los padres de la elegida un regalo, cuya aceptación ó no por parte de los mismos decide de la petición. Muchas veces hay personas intermediarias, que sirven, por decirlo así, de reclutadoras. Los matrimonios á prueba son también una institución común: cuando dan un buen resultado, después de entregados los presentes á la novia, se construye la choza y se forma el hogar doméstico, hecho lo cual se da á los padres de la muchacha la dote (*morgengabe*, don de la mañana). Después de esto se verifica la ceremonia del casamiento por el sacerdote, ó por los padres, ó por la abuela de los novios, ó, caso de que estos parientes falten, por los más ancianos de los

que vivan. La ceremonia encierra manifestaciones simbólicas de la pérdida de la libertad de la mujer, del abandono de la casa de los padres, de la prole que se espera, etc.; pero en su parte principal se compone de actos de regocijo. El elemento religioso se halla por lo general excluido en tales matrimonios. Aun cuando el parentesco de sangre sea en la mayoría de los pueblos impedimento para el matrimonio, en algunos, como por ejemplo los cafres, el hijo heredero toma la mujer de su padre. Tan fácil como el acto de contraer estos matrimonios suele ser la disolución de los mismos, cuyo principal obstáculo consiste generalmente en la dificultad de recobrar el precio de la compra. Cuanto mayores sean las proporciones que adquiera la poligamia, menos estrecho es naturalmente el vínculo matrimonial. No sin razón se ha dicho de los polinesios, que á la gran flojedad de los lazos de familia se deben en gran parte las emigraciones de esos pueblos. A muchos podría aplicárseles lo que dice Cook del padre de un niño neo-zelandés que quería abandonar á éste sin esperanzas de volverle á ver: «Con más sentimiento se hubiera separado de su perro.» El comercio de esclavos pudo también haber sido consecuencia de esta facilidad con que pueden disolverse los lazos que unen al hombre con la mujer y á los padres con los hijos.

La mujer estuvo, en la sociedad primitiva, sujeta á una condición casi tan llena de contradicciones como la que ocupa entre los pueblos más civilizados; sólo que en aquélla las injusticias ó los rigores que son consecuencia de su debilidad natural, se presentan menos veladas que en éstos. La poligamia no explica por completo la condición de inferioridad en que se encuentra la mujer en casi todos los pueblos naturales, pues que ésta no es consecuencia necesaria de aquélla. Aun en los pueblos en que existe la monogamia, como sucede, aunque no sin excepciones, entre los negros, malayos, indios é hiperbóreos, hay la costumbre de que las mujeres vivan en determinadas habitaciones de las casas, de que por regla general no coman en el mismo plato que el hombre, de que en todos los actos de la vida vengan postergadas á éste y de que sólo parezcan destinadas al placer del varón. Una civilización más adelantada ha mejorado la situación de la mujer, suavizando los instintos rudos, las violencias y las injusticias del hombre. Pero al propio tiempo esta misma cultura, favoreciendo una división del trabajo que señala á la mujer las labores más fáciles, más limitadas y menos gloriosas, y que la excluye de la guerra, de la lucha y de la caza, ¿no ha puesto á la hembra en condiciones menos favorables de las que por naturaleza le correspondían? Si analizamos los grados de cultura en sentido inverso, es decir de mayor á menor, encontraremos que, en los inferiores, la mujer tiene muchas analogías con el hombre, así desde el punto de vista material como moral. ¿No podría ser que la cuestión de poder y de fuerza que aquí se tiene en cuenta, se entendiese, en otro tiempo, de una manera muy distinta? Existen algunos indicios de que, en los grados de cultura que nos ocupan, probablemente tuvo la mujer cierta preponderancia: recuérdense sino las influyentes sacerdotisas de los malayos, los ejércitos de mujeres que algunos países tuvieron, y la